

Número 19
15 de setiembre

San Selerín...

1915

Periódico para los niños



Dirigido por
Carmen Lira y Lilia González

Se publica quincenalmente en San José de Costa Rica

Toda la correspondencia
debe ser dirigida
al apartado núm. 825

Precio: 5 cts.

SAN SELERIN

PERIÓDICO PARA LOS NIÑOS

LA HIJA DEL MOLINERO

Había una vez un molinero que era muy pobre y tenía una hija hermosísima.

Y aconteció que vino a hablar con el rey, y para darse tono le dijo:

—Tengo una hija que sabe hilar paja convirtiéndola en oro.

El rey dijo al molinero:

—Ese es un arte que me gusta: si tu hija es tan ingeniosa como dices, tráela mañana al palacio y que trabaje delante de mí.

Cuando la muchacha llegó, se llevó a un aposento lleno de paja, le dió una rueca y un huso, y le dijo:

—Ponte al trabajo y si no hilas toda la paja convirtiéndola en oro, mañana morirás.

Luego cerró el cuarto y la dejó sola.

La pobre muchacha no sabía qué hacer; no comprendía cómo se podía hilar la paja convirtiéndola en oro, y cada vez tenía más miedo, hasta que por fin se echó a llorar.

Entonces se abrió la puerta de repente y entró un hombrecillo que dijo:

—Buenas noches. ¿Por qué lloras tanto?

—¡Ay!—contestó la muchacha,—tengo que hilar paja convirtiéndola en oro, y no sé cómo arreglármelas para eso.

—¿Qué me das si yo te la hilo?

—Mi collar—dijo la joven.

El hombrecillo tomó el collar, y sentándose cogió la rueca y a las pocas vueltas el huso fué llenándose de oro.

Entonces puso otro nuevo, y así continuó durante la noche hasta que la paja se acabó, y se llenaron de oro todos los husos.

Al amanecer vino el rey y al ver tanto oro se maravilló; pero su corazón deseaba todavía más.

Llevó la joven a otro aposento lleno de paja, y le ordenó hilarla toda en una sola noche, si quería conservar la vida.

La joven, no sabiendo que hacer, empezó a llorar. Entonces se abrió de nuevo la puerta y el hombrecillo apareció, y dijo:

—¿Qué me das si te convierto la paja en oro?

—Mi sortija,—contestó la joven.

El hombrecillo tomó la sortija, se aplicó de nuevo a la rueca, y por la mañana toda la paja era oro hilado.

El rey se alegró sobremanera a la vista de tanto oro; pero aún deseaba más y mandó llevar a la joven a otro aposento más grande y lleno de paja, diciéndole:

—Si la hilas toda en esta noche, serás mi mujer. ¿Qué importa que sea hija de un molinero?—pensaba;—otra mujer tan rica no la he de encontrar en el mundo.

Cuando la joven se quedó sola, vino el hombrecillo por tercera vez, y dijo:

—¿Qué me das si te hilo la paja?

—Ya no tengo nada que darte—contestó la joven.

—Entonces prométeme tu primer hijo cuando seas reina.

—Dios sabe si llegaré a tenerlo—pensaba la joven; y como no sabía qué hacer, prometió al hombrecillo lo que le pedía, y éste, en cambio, hiló otra vez toda la paja convirtiéndola en oro.

Cuando el rey entró por la mañana y vió satisfecho su deseo se casó con la joven, y la hermosa hija del molinero fué reina.

Al año dió a luz un niño hermoso.

Ya no se acordaba del hombrecillo; pero entró éste de pronto en el aposento, y dijo:

—¡Dame lo que me has prometido!

La reina se asustó y ofreció al hombrecillo todas las riquezas del reino si le dejaba el niño; pero el hombrecillo dijo:

—No; prefiero un ser vivo a todos los tesoros que puedas ofrecerme.

Entonces la reina empezó a llorar tanto, que el hombrecillo se compadeció de ella.

—Tres días te doy de plazo—dijo;—si para entonces sabes mi nombre, te dejaré tu hijo.

Entonces la reina, durante toda la noche, trató de recordar todos los nombres que había oído, y mandó un mensajero por el país para que se enterase de los nombres que allí se conocían.

Cuando a la mañana siguiente vino el hombrecillo, le dijo todos los nombres que sabía, empezando por Gaspar, Melchor y Baltasar; pero a cada palabra exclamaba el hombrecillo:

— Así no me llamo.

Al tercer día llegó el mensajero y dijo a la reina:

— Nombre nuevo no he podido averiguar ninguno; pero al llegar a un monte muy alto, junto al bosque, en donde el zorro y la liebre se dicen buenas noches, ví una casita pequeña, y delante de ella una lumbre, y alrededor de ésta bailando un hombrecillo muy ridículo que gritaba:

— Mañana me traigo al hijo de la reina, y quiero que nadie sepa que me llamo Sin Nombre!

Figuraos qué contenta se puso la reina al oír ésto y cuando poco después entró el hombrecillo y dijo:

— Pues bien, señora reina, ¿cómo me llamo? — Contestó ella:

— Te llamas Sin Nombre:

— ¡El demonio te lo ha dicho! — gritó el hombrecillo, dando con el pie derecho tan fuerte patada en el suelo, que se hundió hasta la mitad del cuerpo. Luego, lleno de rabia, agarró con las dos manos su pie izquierdo y se partió por la mitad.

«Si Ud. tiene dos bollos de pan, cambie uno por un narciso, porque si el pan da fuerza al cuerpo, mirando la flor se regocija el corazón».

Primera lección de salud para los niños



1

2

3

4

- 1.— A fuerza de mirar mucho al gatito, llega el niño a dejarlo muertecito.
2.— ¡El hambre!, esa es la salsa conocida que da mejor sabor a la comida.



- 3.— Descansando uno a tiempo, muchas veces se evita enfermedades y reveses.
4.— Antes de ir al estudio, la limpieza nos dará buen humor y fortaleza.



5

6

7

8

- 5.— Quien tiene qué comer, ya tiene fiesta si el mucho devorar no le indigesta.
6.— Quien tiene bien cerrada la boquita muchas enfermedades así evita.



- 7.— Una naranja cada día del año; si come dos, talvez le causen daño.
8.— Para tener feliz y larga vida, hay que evitar, de noche, la comida.



9

10

- 9.— Deben acostarse los buenos niños a la hora en que lo hacen siempre los pollitos.



- 10.— Deben levantarse siempre los chiquitos que quieren ser sanos, con los pajaritos.

Sobre el cultivo de los jardines

Sois un muchacho o una doncella. ¿Qué podéis hacer? ¿No tenéis jardín cerca, donde podáis conseguir que alguna persona generosa deje escardar (1) la cizaña (2) o deje barrer las hojas muertas? (Una vez permití que una activa muchachita de diez años segase mi jardín, y ahora, aunque hace mucho, habla siempre como si el favor se lo hubiese hecho a ella y no al jardín y a mí). ¿No hay sitio polvoriento que podáis regar? Sólo con que sea el camino que hay delante de vuestra vista, el transeunte os lo agradecerá. No hay una cuneta (3) a orillas del camino que pueda despojarse de su inmundicia apiñada para dejar que corra el agua clara? ¿No hay un montón de pedazos de ladrillo que podáis apilar ordenadamente? ¿Os avergozáis de eso? Sí; esta falsa vergüenza es el arma favorita del demonio. Más trabaja con ella que con el falso orgullo. Porque con el falso orgullo sólo agujiunea al mal; mas con la falsa vergüenza paraliza el bien.

¿Pero no tenéis terreno propio, sois una muchacha y no podéis trabajar en el de otras personas? Al menos tenéis una ventana propia. Con muy poca ayuda del carpintero podéis arreglar fuera de ella un terreno seguro, donde podéis plantar algo. Si disfrutáis algún favor de la fortuna, podéis criar una rosa o una madreSelva u otra planta al rededor de vuestra ventana; una tranquila

(1) Arrancar las malas hierbas de los sembrados.

(2) Planta dañosa que nace en los sembrados.

(3) Zanja.

rama de hiedra, o si es por amor de sus hojas solamente, un zarcillo o dos de vid. Sólo que estad seguros de que todas vuestras plantas favoritas se conservan bien fuera de la ventana. No vayáis a tener macetas en la alcoba, a no ser que estéis enfermos.

El primer objeto de vuestro cultivo de jardín es sujetaros al trabajo al aire libre, siempre que sea posible. Debéis tener fuerza para resistir los golpes de viento; os arriesgaréis en podaduras, y plantaciones, siempre a pleno aire, bajo la radiante alegría de los cielos y no en salones húmedos y perfumados. La utilidad de vuestro jardín para la familia debe estribar principalmente en los vegetales que podéis sacar de él, y, respecto a éstos, vuestra observancia de la temperatura y de la autoridad de las estrellas es un deber vital. Todo clima da su aliento vegetal a sus criaturas vivas en buena sazón; vuestro oficio es conocer esa sazón y estar preparado para ella y para tomar el saludable lujo que la Naturaleza os concede en este raro gusto anual de la cosa dada en su debido tiempo.

Por último y principalmente: vuestro jardín os pone en condiciones de llegar a conocer las plantas; ese conocimiento os podrá servir en el país en que vivís para comunicarlos a otros, y enseñarlos a tomar gusto por la hierba verde, que se da como alimento, y la flor brillante, que se da como alegría. Y vuestro oficio no es hacer alegre y floreciente como la rosa el invernadero⁽¹⁾ o la estufa, sino el lugar desierto y solitario.

(1) Lugar cubierto y abrigado para librar las plantas del frío.

LA PATRIA

¿Qué es la Patria? preguntan
los ojos de los niños
al mirar como flotan,
por el viento extendidos,
los trapos de colores
que adora con fervor el patriotismo.

Las edades ya muertas
que sepultó el olvido
en la tumba en que duermen
para siempre, rodeadas de sus mitos, ⁽¹⁾
se incorporan y dicen:
«es el suelo querido
en que a la luz primera
nuestros ojos abrimos;
el pedazo de tierra
que entre linderos fijos
abarca mil objetos
para nuestro cariño.
Quien a su patria quiera
con afecto exclusivo,
debe odiar a los hombres
que en extranjeros sitios
tienen también sus patrias
en torno de sus nidos.
Los hijos de otras patrias
son nuestros enemigos
y morir combatiéndolos
es el mejor destino

(1) Fábulas.

que ambicionar debemos
para ser de la nuestra buenos hijos.⁹

Y el pensamiento nuevo
más humano y más digno
del progreso que a todo
da calor, fuerza y brillo,
sonríe ante esos viejos
y pobres desatinos
y contesta: ¿la Patria?
es el monte y el río;
el sol que nos alegra,
el campo florecido,
el mar que nos arrulla
con su rumor continuo,
la casa que nos brinda
su delicioso abrigo,
el cielo que nos cubre,
y el viento que nos dijo
al pasar: ¡cuán extensos
del hombre los dominios!
Donde quiera que un campo
y una selva y un río,
y un cielo azul miremos,
y un sol nos de su brillo,
y una brisa nos bese
y un techo nos de abrigo,
allí estará la Patria
de nuestros goces íntimos;
que la Patria es la tierra
y los hombres sus hijos.

LA CARTA PARA DIOS

(DE H. FR. VON OSSEN)

El tío Gerardo estaba disgustado; parecía que todo se había conjurado para echarle a perder el humor, si es que conservaba alguno desde que hacía cinco meses había muerto su mujer, la que fué su compañera de los buenos y malos ratos durante veinticinco años.

Al despertar esa mañana, había sentido un peso enorme sobre su corazón, el peso de la soledad; se había vestido y, sin desayunarse, había ido a su oficina.

Al poco rato, llegó un campesino que no pudo explicarle nunca claramente lo que quería... luego hacía un calor insoportable... y esas moscas que revoloteaban sin cesar. En una palabra, el tío Gerardo estaba de mala. Había tratado ya varias veces de espantar esos animalitos, pero inútilmente pues cada vez que alargaba la mano para asestarles un feroz golpe, las moscas daban una vuelta y al poco rato estaban nuevamente sobre él.

Llamaron débilmente a la puerta y entró un niño con el rostro encendido por el calor y cubierto de polvo que en sus mejillas había formado surcos con el sudor.

—Buenos días—dijo el niño tímidamente—quisiera escribir una carta (1).

—Cuesta veinte centavos—contestó el tío Gerardo.

(1) En otras partes hay personas que se ocupan en hacer cartas a los campesinos y a las gentes que no saben escribir, con lo cual ganan algún dinero.

El pequeñuelo se devolvió hacía la puerta y mientras hacía esfuerzos para abrirla, dijo con una voz empapada en lágrimas:

—Perdone, yo no tengo plata.

El viejo Gerardo, emocionado por el dulce tono de la voz, lo llamó:

—Un hombre no llora, ¿eres hijo de soldado?

No, soy hijo de mi mamá.

—¡Ah! ¿y quieres escribir un deseo tuyo?

—Sí... si usted fuera tan amable....

El viejo se acercó a su escritorio de encina y tomó con aire de importancia papel y pluma.

—Bueno; dí luego lo que quieres.

El niño guardó silencio.

—Dí, pues, cómo se llama la persona a quien quieres escribir.

—¿Quién?

—Sí; ¿a quién quieres hacer tu pedido?

—Yo quisiera escribirle a Dios.

—A Dios....

Pero cuando vió al pobrecito que lloraba amargamente, lo tomó en sus rodillas y le hizo cariños.

—Quisiera contarle que mi mamá está durmiendo desde anoche, y le quiero dar las gracias por que le ha mandado un sueño tan bueno; pero ahora ya es bastante... que la despierte otra vez... porque yo he tratado de despertarla varias veces... le doy besos pero no se mueve.

El tío Gerardo se estremeció como si le hubieran tocado el corazón con una mano helada; dos lágrimas rodaron de sus viejos ojos.

—Dios ha recibido tu carta, hijo mío; ven, iremos juntos a ver a tu madre.

Lleno de alegría el niño se puso de pie.

—Pero ¿por qué llora usted?

—Cállate.... los hombres no lloran, pero, yo.... yo también tenía una madre, y cuando se fué me dijo: «Sé siempre un hombre de bien».... y ahora me acordé de ella.

Y tomando al niño en sus brazos como para mostrarlo a su madre en el cielo, dijo:

—Ves, madre, Dios me ha escrito una carta para que cumpla su voluntad y sea el padre de este huérfano.

MISTER CABALLO Y TIA ZORRA

Una mañana andaba tía Zorra buscando a tío Conejo, porque el *maldito* le había jugado una de las suyas. ¡Ah! Las bromas que tío Conejo le hacía a tía Zorra!

—No me llamo tía Zorra si hoy no me vengo de ese piojo!...—dijo muy indignada. Pero el *indino* que sabía que aquella señora no le iba a aguantar aquélla, se levantó bien de mañanita y se fué a vagar por los campos. En estas andaba, cuando vió en un potrero un caballo tumbado entre la hierba, tan tieso y tan quieto, que parecía muerto. Callandito, callandito, se fué acercando y dió vueltas al rededor del animal, observándolo, observándolo... De pronto vió que movía la cola y entonces comprendió que no estaba muerto sino apenas dormido. Tío Conejo se fué al camino y vió a tía Zorra que venía.

—Venga acá, tía Zorra—dijo.—¡Qué caramba! lo pasado es pasado y nada nos cuesta olvidarlo. En aquel potrero hay bastante carne fresca para Ud. Y diciendo ésto la tomó de una mano y la llevó cerca de donde estaba el caballo durmiendo.

—Ahora es tiempo de que Ud. se apodere de él, tía Zorra, y así, cuando Mister Caballo quiera irse, no podrá.

—Pero, ¿cómo hago?

—¡Ah! si yo fuese tan grande como Ud., otro gallo me cantara, pues a estas horas ya tendría entre mis

dientes el mejor bocado de Mister Caballo. Vea cómo: me amarraría yo mismo bien, bien, a la cola, y cuando él quisiera irse... yo le contaría...! Lo sujetaría tan fácilmente como a una hormiga y pronto le enseñaría cuál de los dos manda.

No creía tía zorra que la idea de tío Conejo fuese tan sencilla de poner en práctica, pero quería hacerse la muy valiente, la que era tan fuerte como un caballo y así, ella misma fue a amarrarse a la cola de aquel animal.

Al sentir que le andaban con su cola, mister Caba-



llo se levantó y comenzó a saltar y a agitarla de aquí para allá y la pobre tía Zorra parecía, atada en el extremo, un trapo agitado por el viento.

—Sujételo, tía Zorra—decía maliciosamente tío Conejo—no le dé gusto.

La pobre tía Zorra ya ni veía, tan mareada y llena de congoja estaba.

En cuanto a mister Caballo, cada vez se ponía más furioso al sentir a tía Zorra amarrada a su cola. Por último las amarras se aflojaron y la infeliz fué a caer entre unos matorrales.

—Está bueno que me pasen éstas por tonta—decía mientras regresaba cojeando, apoyada en un palo a su casa.—¿Quién me manda hacer caso a ese gran pícaro? No hay vez que no me haya metido con él, que no haya salido perdiendo.

ADA NEGRI

La vida de esta célebre escritora, cuyo retrato les ofrecemos hoy, parece sacada de un cuento de hadas.

Nació en un oscuro pueblecillo de Italia, llamado Lodi. Su madre era una obrera que tenía que trabajar duramente en un taller para poder vivir ella y su hijita.

Como desde muy niña, Ada Negri demostrara mucho amor por los libros, la pobre madre trabajó noche y día con más ardor para que aquélla pudiese estudiar.

Algunos años más tarde, la hija de la humilde y abnegada obrera, fue maestra en un apartado lugar de Italia y con su trabajo pudo ayudar a su madre.

En este tiempo comenzó a hacer versos, los cuales desde el principio fueron muy admirados. Como su vida



ADA NEGRI

sabía tanto del dolor y de la miseria, sus versos hablan casi todos del dolor y de la miseria humanos, pero con tal sentimiento y delicadeza, que muchas veces leyéndolos, se llenan de lágrimas los ojos. Para los niños ha te-

jido muy bellas poesías. Esos chiquillos harapientos que vagan por las calles, sin nadie quien se apiade de ellos, le han inspirado una de sus más bellas páginas, que ya haremos que la puedan ustedes leer más tarde.

Sus versos están reunidos en tres libros: «Tempestades», «Fatalidad» y «Maternidad».

Un noble señor italiano, el conde de Garlanda, leyó sus poesías y quiso conocer a la dulce mujer que tan bellas cosas sabía escribir. Después de conocerla ya no solamente la admiró sino que también la quiso y le ofreció su mano. Hoy la hija de la pobre obrera, la maestrilla humilde, es la señora Condesa de Garlanda.

¿Verdad que parece un cuento de hadas, como aquel en que la pastorcilla de pies descalzos casó con un rey?

DEJAD A LOS NIÑOS QUE VENGAN A MI

(Esta es una de las mejores poesías que Ada Negri dedica a los chiquillos).

Si en la esquina de una calle desierta o en medio del mundo alegre y desocupado, encontráis a un niño abandonado, pálido el rostro y la pupila incierta, que de una madre el beso y el consejo haya perdido, y llore sobre un ataúd la memoria más santa y la más bella, oh, traédmelo a mí. Será mi hijo. Yo lo tendré conmigo siempre. En la noche le pondré las manecitas en cruz, con él y por él, diciendo en voz baja de mis años más bellos la plegaria. La palabra que eleva y que conforta yo le diré con plácida firmeza; de su madre muerta tendré para él la celosa y vidente ternura. Yo le diré que la vida es trabajo, le diré que la paz está en el perdón. De todo lo que es justo y grande y bueno haré en su dulce alma un tesoro. La fuerza de pensar que Dios me ha dado, toda la traspasaré a su mente; a su lado pasará tranquilamente mi vida recogida y descolorida. Mientras declinaré hacia el olvido, y tendré que usar anteojos, él subirá, el espíritu puesto en los ideales, los brazos en la fatiga y el corazón en Dios.

Confiado caminará hacia la aurora, engranaje vital del universo, inquieta águila dirigida hacia el sol, joven botón que en el sol se abre: y en paz moriré... puesto que no habré sufrido en vano y en vano no habré amado. Y de un pecho de hijo y de soldado caerá un suspiro sobre la tumba abierta.